



*Elena Poniatowska*



LOS JÓVENES MEXICANOS:

DE 1968 A  
AYOTZINAPA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN







*Elena Poniatowska*

LOS JÓVENES MEXICANOS:  
DE 1968 A  
AYOTZINAPA





Rogelio G. Garza Rivera  
*Rector*

Carmen del Rosario de la Fuente García  
*Secretaria General*

Celso José Garza Acuña  
*Secretario de Extensión y Cultura*

Antonio Ramos Revillas  
*Director de Editorial Universitaria*

Casa Universitaria del Libro.  
Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta,  
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000.  
Teléfono: (52 81) 83294111 / email: [editorial.uanl@uanl.mx](mailto:editorial.uanl@uanl.mx)

@ Elena Poniatowska

@ Sanjuana Martínez, por "Elena Poniatowska, la voz de los sin voz".

@ Pablo Cuéllar, por retrato de Elena Poniatowska en página 6.

@ Olivia Garza García, por fotografías en páginas 30 y 50.

Fotografías página 81: cortesía Sanjuana Martínez, publicadas originalmente en [sinembargo.mx](http://sinembargo.mx) el 2 de octubre de 2012.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización de los titulares de los derechos de autor.

Distribución gratuita, prohibida su venta.

Impreso y hecho en México.



*Elena  
Poniatowska*

LOS JÓVENES MEXICANOS:  
DE 1968 A  
AYOTZINAPA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





## ELENA PONIATOWSKA, LA VOZ DE LOS SIN VOZ

**E**scribir, para Elena Poniatowska, es su forma de estar en la tierra. Desde su columna sigue en la trinchera del periodismo. Pero en la novela encontró una pasión insospechada: la soledad ante la mesa de trabajo, la aventura, el desafío, los personajes, la pasión de narrar, la ficción...

Y es que Elena, Elenita, Elenísima, la Poni, está hecha de amor y pasiones; pero también de las voces que ha ido escuchado a lo largo de sus 84 años. Esas voces, las voces de los pobres, los débiles, los invisibles, finalmente la convirtieron en una escritora querida, admirada, adorada. Desde el periodismo se consagró en la literatura. Igualmente fue recogiendo las voces de los intelectuales, artistas y personalidades como Juan Rulfo, Octavio Paz, María Izquierdo, Dolores del Río o Manuelita Reyes, la mujer de Alfonso Reyes. Pero la obra de Elena no puede entenderse sin esas voces del pueblo



como Josefina Bórquez, la lavandera que le descubre el submundo de la ciudad de México y le inspira para escribir *Hasta no verte Jesús Mío*, reseña histórica de la Revolución mexicana, publicada en 1969, con uno de sus personajes más entrañables: Jesusa Palancares, quien representa la supervivencia de los millones de pobres; una mujer maltratada que retrata la miseria que existe en este país, en este México que “se va haciendo chaparrito, allí donde las calles se pierden y quedan desamparadas”.

En aquel entonces yo estaba trabajando de mesera en un changarro del tercer callejón de Netzahualcóyotl, hoy 20 de noviembre. Se vendían tacos y tortas y bebidas, y por lo regular tenía uno que lidiárselas con borrachos y con hombres malos. Iba mucha tropa a bailar con las muchachas. Y un día llegó ese jovencito a platicar y les dijo a las meseras que él tenía mucho poder de espiritismo. Las muchachas se habían sentado parejo alrededor de la sala. Él les pasó la mano sin tocarlas y les dijo: “¡A ver, levántense!”. Hicieron el



intento y nada. Se movían con todo y silla pero no se les despegaban las asentaderas...

Es la voz de Jesusa Palancares, el rostro de México y de la pobreza extrema, ese rostro que en lugar de erradicarse crece sexenio tras sexenio. Más de 53 millones de pobres, la mitad de la población, le dan la vigencia revolucionaria a la protagonista de Poniatowska:

Yo lo estaba oyendo. Ya su carne era polvo. Murió en 1913. Los zopilotes, los coyotes, sabe Dios qué animales se lo comieron porque mi padre no fue sepultado. Quedó debajo de un árbol, en Mochitlán. Según me contaron después los soldados, allí derrotaron a la corporación de mi papá. Dicen que venía herido con dos mulas de parque. Acababa de pasar el combate y a él se le hizo fácil recargarse en un árbol y descansar. Y allí fue dónde. Lo sorprendieron los zapatistas y lo mataron. Su espíritu era el que estaba allá apacentado, en el campo, todo rodeado de malezas y de picantes. Todavía el Ser Supre-



mo no lo tenía en su lista, todavía no lo había ido a levantar.

—Antes de hablar con mi hija, quiero hablar con la dueña de la casa para hacerle algunos encargos. Y entonces llaman a la dueña del negocio. Era una señora buena, delgada, que usaba la ondulación Marcel. Todas las que trabajábamos en Netzahualcóyotl teníamos ese modo de peinarnos. Era como de cuatro o de seis según el tamaño.

—Señora, usted es la que maneja este establecimiento y le recomiendo mucho a mi-hija, porque no me gusta lo que ella hace aquí. Por favor déle un trabajo distinto... Quítela de la bebida.

Le dijo que yo era muy chica y no conocía a la gente, ni sabía distinguir, que me encontraba sin amparo en la tierra y a él le dolía mucho no poderme cuidar. La señora le respondió que no tuviera pendiente; que ella velaría por mí. Y entonces me dice el muchacho aquel:

—Ven, te llama. Yo no me quería acercar. Pensé: “Me va a dar de guantadas.”



—No temas, hija, acércate, dijo mi papá. Quiero hablar contigo y darte algunos consejos porque no te los pude dar cuando vida llevé en la tierra. Hazme favor de que no nos hagas sufrir. Modera tu carácter porque nosotros estamos siempre encadenados debido a ti. Deja todas esas palabras que dices. No te peliés con la gente en la calle porque tan pronto te peleas, a mí y a mi esposa que es tu madre, nos encadenan. No seas tonta, pórtate bien. Pórtate con conducta.

Mi padre ya no habló. Las almas no tienen derecho a materializarse, a decir cosas terrenales. Nomás dicen dos o tres palabras para que uno comprenda y ya. Y por ese testimonio comencé a creer.

Hija del príncipe Jean Joseph Evremond Sperry Poniatowski y de la mexicana Paula Amor, Elena Poniatowska nació el 19 de mayo de 1932 en París, Francia, bajo el nombre de Hélène Elizabeth Louise Amélie Paula Dolores Poniatowska. Recibió como herencia el título de princesa de Polonia, algo que a ella no le interesa porque



se siente más mexicana que los nopales. Su madre es hija de una familia exiliada tras la Revolución mexicana y nació en París y su padre era descendiente del general Poniatowski, un grande que acompañó a Napoleón hasta Moscú. Finalmente, a consecuencia de la Segunda Guerra mundial, su familia emigró de Francia a México. Llegó a la Ciudad de México a los diez años con su madre y su hermana Kitzya, mientras su padre seguía combatiendo. En México estudió la primaria en el Windsor School y luego en el Liceo para mantener su nivel de francés. Su hermano Jan nace en este país en 1947. Y dos años después fue enviada a estudiar con las monjas del Sagrado Corazón en Pennsylvania, Estados Unidos, y después al Manhattanville College de Nueva York.

Pero la *Poni* traía la escritura en las venas y se interesó por los más desfavorecidos. Comenzó en 1953 su carrera periodística como reportera de sociales. Primero en el periódico *Excélsior* donde firmaba sus trabajos como *Hélène*. En ese entonces, la sección de Sociales era el espacio reservado para las mujeres periodistas, pero



ella fue ganándose un espacio con sus grandes entrevistas, crónicas y reportajes. En 1955 nace en Roma su primer hijo, Emmanuel, y continuó trabajando.

¿Quién dijo que documentar la vida de México no es hacer literatura? La escritura de Poniowska es historia oral fundamental para entender nuestro país. Su brillante pluma ha recolectado información en los últimos 60 años configurando una obra única desde el periodismo, la novela, el cuento, el ensayo. Luego pasó al periódico *Novedades* y allí trabajó hasta 1985 cuando decidió irse, tras el rechazo a una de sus magníficas crónicas sobre el terremoto en la Ciudad, crónicas que finalmente publicó en *La Jornada*, periódico donde actualmente colabora y publica su columna. Crónicas que luego se convirtieron en un libro: *Nada, nadie, las voces del temblor*, con la expresión del dolor: los testimonios de los damnificados, heridos, trabajadores, voluntarios, rescatistas, extranjeros, poetas, intelectuales, pero también la gente de a pie como Salomón Reyes quien cuenta sus desgracias con su particular lenguaje:



Vide cómo se desató el temblor desde el estacionamiento Z-650... Vide claramente cómo se cayó el edificio... Esperaban mis hijos el desayuno... Mayito, Mario, al que encontré muerto en la delegación Cuauhtémoc... He visto que otros encuentran entre las cenizas una foquito, una boleta, yo ni eso, ni eso siquiera, ni un recuerdo, nada... De tener una familia grande, siete hijos, y luego no tener ni uno...

En la búsqueda de noticias se encontró con las injusticias, con los horrores que suceden en nuestro país. Así nació su emblemático libro *La noche de Tlatelolco*, convertido ahora en un clásico de la literatura que nos desvela lo ocurrido el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas. Fue en 1968 cuando Poniatowska se casó con el astrofísico mexicano Guillermo Haro (1913-1988), con quien tuvo dos hijos más: Felipe en 1968 y Paula en 1970.

La matanza de estudiantes del 2 de octubre de 1968 marcó su vida. Esos días Elena salió a la calle a encontrar las voces de un pueblo que protestaba, mancillado, masacrado.



Son muchos. Vienen a pie, vienen riendo. Bajaron por Melchor Ocampo, la Reforma, Juárez, Cinco de Mayo, muchachos y muchachas estudiantes que van del brazo en la manifestación con la misma alegría con que hace apenas unos días iban a la feria; jóvenes despreocupados que no saben que mañana, dentro de dos días, dentro de cuatro estarán allí hinchándose bajo la lluvia, después de una feria en donde el centro del tiro al blanco lo serán ellos, niños-blanco, niños que todo lo maravillan, niños para quienes todos los días son día-de-fiesta, hasta que el dueño de la barraca del tiro al blanco les dijo que se formaran así el uno junto al otro como la tira de pollitos plateados que avanza en los juegos, click, click, click, click y pasa a la altura de los ojos, ¡Apunten, fuego!, y se doblan para atrás rozando la cortina de satén rojo. El dueño de la barraca les dio los fusiles a los CUÍCOS, a los del ejército, y les ordenó que dispararan, que dieran en el blanco y allí estaban los monitos plateados con el azoro en los ojos, boquiabiertos ante el cañón de



los fusiles. ¡Fuego! El relámpago verde de una luz de bengala. ¡Fuego! Cayeron pero ya no se levantaban de golpe impulsados por un resorte para que los volvieran a tirar al turno siguiente; la mecánica de la feria era otra; los resortes no eran de alambre sino de sangre; una sangre lenta y espesa que se encharcaba, sangre joven pisoteada en este reventar de vidas por toda la Plaza de las Tres Culturas.

Conmovida, horrorizada por la matanza, Elena entrevistó a la gente, a los estudiantes, profesores, académicos, intelectuales, sindicalistas, líderes del movimiento estudiantil y a los protagonistas de esta tragedia. *La noche de Tlatelolco* se convirtió muy pronto en un referente de la memoria de la ignominia, de los crímenes del Estado mexicano. Es un libro polifónico de importantes testimonios de los actores, de los protagonistas, pero también de la gente anónima, los obreros, trabajadores, poetas...

Aquí vienen los muchachos, vienen hacia mí,  
son muchos, ninguno lleva las manos en alto,



ninguno trae los pantalones caídos entre los pies mientras los desnudan para cachearlos, no hay puñetazos sorprendidos ni macanazos, ni vejaciones, ni vómitos por las torturas, ni zapatos amontonados, respiran hondo, caminan seguros, pisando fuerte, obstinados; vienen cercando la Plaza de las Tres Culturas y se detienen junto al borde donde la Plaza cae a pico dos o tres metros para que se vean las ruinas prehispánicas; reanudan la marcha, son muchos, vienen hacia mí con sus manos que levantan la pancarta, manos añiñadas porque la muerte añiña las manos; todos vienen en filas apretadas, felices, andan felices, pálidos, sí, y un poco borroneados pero felices; ya no hay muros de bayonetas que los rechacen violentamente, ya no hay violencia; los miro a través de una cortina de lluvia, o será de lágrimas, igual a la de Tlatelolco; no alcanzo a distinguir sus heridas, qué bueno, ya no hay orificios, ni bayonetazos, ni balas expansivas; los veo nublados pero sí oigo sus voces, oigo sus pasos, pas, pas, pas, paaaaas, paaaaas, como en la manifestación del silen-



cio, toda la vida oiré esos pasos que avanzan; muchachas de mini con sus jóvenes piernas quemadas por el sol, maestros sin corbata, muchachos con el suéter amarrado a la cintura, al cuello, vienen a pie, vienen riendo, son muchos, vienen con esa loca alegría que se siente al caminar juntos en esta calle, nuestra calle, rumbo al Zócalo, nuestro Zócalo; aquí vienen; 5 de agosto, 13 de agosto, 27 de agosto, 13 de septiembre, el padre Jesús Pérez echó a vuelo las campanas de catedral para recibirlos, toda la Plaza de la Constitución está iluminada; constelada con millares de cempazúchitl, millares de veladoras; los muchachos están en el corazón de una naranja, son el estallido más alto del fuego de artificio, ¿no que México era triste? Yo lo veo alegre, qué loca alegría; suben por Cinco de Mayo, Juárez, cuántos aplausos, la Reforma, se les unen trescientas mil personas que nadie acarrea, Melchor Ocampo, Las Liornas, se remontan a la sierra, los bosques, las montañas, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad.



*La noche de Tlatelolco* es también un documento político que denuncia y alza la voz. Pocos meses después de la matanza, murió su hermano Jan en un accidente automovilístico. Por el impacto emocional, poco tiempo después falleció el padre de Elena, algo que también marcó su escritura y su trabajo literario.

...un eco del grito de los que murieron y el grito de los que quedaron. Aquí está su indignación y su protesta. Es el grito mudo que se atoró en miles de gargantas, en miles de ojos desorbitados...

Poniatowska fue la primera mujer en recibir el Premio Nacional de Periodismo y también la primera en rechazar el Premio Xavier Villaurrutia, preguntando quién iba a premiar a los muertos. Porque Elena Poniatowska pregunta, investiga, reporta, entrevista, tiene el sello, la marca del periodista todoterreno. Dice ella que lleva el periodismo como un tatuaje de por vida, porque le ha dado todo. “El periodismo me hizo persona”, afirma de manera categórica.



Sus crónicas son memoria, como su libro *Amanecer en el Zócalo*. En esta crónica escrita como un diario narra los detalles del plantón organizado en el Zócalo del 29 de julio hasta el 16 de septiembre de 2006. Elena describe lo que significa la resistencia civil pacífica encabezada por Andrés Manuel López Obrador (AMLO) para protestar porque las autoridades no les permitieron acceder al recuento de la votación para presidente del 2006 casilla por casilla, voto por voto. Según documentos y testimonios el PAN había incurrido presuntamente en un fraude electoral. Escrita en primera persona, Elena, a pesar de sus orígenes aristocráticos, se ha definido de izquierda y ha manifestado su apoyo a Andrés Manuel López Obrador. En esta historia va ofreciendo su testimonio desde el lugar de los hechos al lado de Jesusa Rodríguez, encargada del programa cultural y artístico, donde cada personaje dice cuál es su forma de vivir o de ver la protesta. Las más diversas voces vuelven a presentarse en esta obra esencial, como la de Luchita Chapela, una panista de 87 años que cambió sus preferencias electorales a favor de AMLO:



Doña Luchita se emociona: “Lo quiero más que al papa Juan Pablo”. AMLO abraza a cada uno como si fuera un tesoro.

Incisiva y refinada, con una curiosidad infinita Elena Poniatowska entrega noticias, registra nuestra ominosa realidad escribiendo perfiles biográficos que después se convierten en libros: *Tinísima*, *Leonora* y su última novela, *Dos veces única*, sobre la vida de Lupe Marín. Estas tres novelas representan el esplendor intelectual de una época. A través de la vida de estas tres poderosas mujeres: una fotógrafa, una pintora y la esposa de Diego Rivera, Elena nos pinta su particular mural mexicano, un México sostenido por la educación y la cultura de sus artistas y escritores. Nos muestra a los indígenas, obreros, estudiantes, rebeldes, presos, poetas, escritores, pintores, los grandes muralistas... Es como una trilogía que sintetiza perfectamente la historia reciente de México.

Es autora de más de 45 libros y ha recibido decenas de premios, el más importante, el máximo galardón para las letras hispanas, el



Premio Cervantes, que le fue entregado por los reyes de España el 23 de abril de 2014 en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares por el conjunto de su obra. El jurado destacó “una brillante trayectoria literaria en diversos géneros, de manera particular en la narrativa y en su dedicación ejemplar al periodismo. Su obra destaca por su firme compromiso con la historia contemporánea. Autora de obras emblemáticas que describen el siglo XX desde una proyección internacional e integradora. Elena Poniatowska constituye una de las voces más poderosas de la literatura en español de estos días”.

Y es que Elena ha pasado por todos los géneros: cuento, novela, teatro, poesía, crónica, literatura infantil... Es una creadora nata, cuya obra es considerada una “polifonía testimonial” gracias al recurso periodístico de la entrevista y la investigación. Su periodismo comprometido, su visión humanista, su obra literaria, son una fuente inagotable de inspiración. Elena es referente de varias generaciones de periodistas. Su tema constante ha sido



precisamente darle voz a los sin voz. Ofrece el retrato de las luchas sociales, la vida cotidiana de distintas épocas. Su literatura también es contestataria. Su extensa obra exhibe las injusticias y ofrece información de primera mano. La narrativa de Elena va más allá de los sucesos que lastiman el devenir cotidiano de México. Ella rompe el cerco de silencio, de ese silencio ominoso que pretende dejar en la oscuridad las historias de los invisibles. Ella rescata las voces del hoyo negro por donde caen las víctimas del sistema. La lucha de Elena contra el silencio se muestra claramente en su obra personal e íntima, *Querido Diego, te abraza Quiela*, una colección de cartas sin respuesta dedicada a su hermano Jan:

En el estudio todo ha quedado igual, querido Diego, tus pinceles se yerguen en el vaso, muy limpios, como a ti te gusta. Atesoro hasta el más mínimo papel en que has trazado una línea. En la mañana, como si estuvieras presente, me siento a preparar las ilustraciones para Floreal. He abandonado las formas



geométricas y me encuentro bien haciendo paisajes un tanto dolientes y grises, borrosos y solitarios. Siento que también yo podría borrarne con facilidad. Cuando se publique te enviaré la revista. Veo a tus amigos, sobre todo a Élie Faure que lamenta tu silencio. Te extraña, dice que París sin ti está vacío. Si él dice eso, imagínate lo que diré yo. Mi español avanza a pasos agigantados y para que lo compruebes adjunto esta fotografía en la que escribí especialmente para ti: “Tu mujer te manda muchos besos con esta, querido Diego. Recibe esta fotografía hasta que nos veamos. No salió muy bien, pero en ella y en la anterior tendrás algo de mí. Sé fuerte como lo has sido y perdona la debilidad de tu mujer”. Te besa una vez más: Quiela.

Elena explora territorios antes desconocidos. Retrata el mágico mundo de la literatura infantil con sus cinco libros de cuentos para niños: *Boda en Chimalistac*, *La vendedora de nubes*, *El burro que metió la pata*, *Sansimoni*, ilustrado por Rafael Barajas El Fisgón, *El Niño Estrellero* por



Fernando Robles, y en su libro *Lilus Kikus*, del cual Juan Rulfo escribe:

Hace muchos años, tal vez trece o quizá un poco menos, apareció un libro de sueños: los tiernos sueños de una niña llamada Lilus Kikus para quien la vida retoñó demasiado pronto. Lilus sabía poner orden en el mundo sólo con estarse quieta, sentada en la escalera espiral de su imaginación, donde sucedían las cosas más asombrosas, mientras con los ojos miraba cómo se esfumaba el rocío y un gato se mordía la cola o crecía la sonrisa de la primavera [...] Todo en este libro es mágico y está lleno de olas de mar o de amor como el tornasol que sólo se encuentra, tan sólo en los ojos de los niños.

Y si de amor se trata, *La piel del cielo* es su obra-testimonio de la relación con su esposo, el astrónomo mexicano Guillermo Haro, galardonada con el Premio Alfaguara 2001.

Su fascinación por los movimientos sociales le lleva acercarse al mundo de los ferrocarrile-



ros. Es así como escribe la biografía inspirada en la vida de Demetrio Vallejo y la causa de los obreros en su libro *El tren pasa primero*. Nuevamente estamos ante una obra llena de voces, esta vez, la de sus entrevistados ferrocarrileros y sus esposas. Recibió el Premio Rómulo Gallegos en 2007.

Finalmente, Elena Poniatowska cumple la misión del periodista, indagar lo oculto, lanzar luz sobre las zonas ocultas por los poderes; denunciar, ver lo que nadie quiere ver, escribir la historia de los otros, darle voz a los que no tienen voz, hacer que las voces humanas hablen por sí mismas. Su gran amigo, Carlos Monsiváis, dijo que gran parte de su literatura surge de “un enamoramiento, un deslumbramiento”.

La obra de Poniatowska es referente humanista. En un país inseguro y peligroso, la escritora dice que los jóvenes son la esperanza de México. Al movimiento #YoSoy132, conformado por estudiantes de educación superior que busca la democratización de los medios de comunicación, le encuentra similitudes con el movimiento de estudiantes del 68:



*La noche de Tlatelolco* es un libro contra el olvido, y está hecho con todos ustedes, con las palabras de todos ustedes, que son voces en común; está ligado al movimiento #Yo-Soy132. Es el libro de las voces de todos ustedes, queremos que lo recuerden sus hijos y sus nietos, que conozcan qué sucedió, para que esa masacre del 2 de octubre no se olvide. Aunque las circunstancias han cambiado, las causas son las mismas: cambiar un orden corrupto por una libertad política.

Desde la desaparición de los 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa, Poniatowska no ha dejado de exigir justicia, porque la considera una afrenta contra todo el país. Nunca imaginó que ser estudiante en México en la actualidad fuera más peligroso que en 1968, y ha señalado que atentar contra ellos es matar el futuro. Para referirse a ellos los define como la “multitud amorosa” evocando a Rosario Castellanos:

Ustedes son un mar de amor; miro sus rostros,  
sus anteojos, sus gestos y creo que la mejor



manera de vivir es enamorados, pero no sólo de otra persona, sino de un país, del trabajo, de una actividad... Deseo que todos los jóvenes puedan tener un empleo porque cada vez están más preparados; en el caso particular de quienes desean escribir, digo que la escritura es un oficio como todos, como un ebanista o un zapatero; la destreza se adquiere con el trabajo diario. Lo que les aconsejo es que lleven un diario, y dentro de esa labor, con el tiempo por lo menos saldrá una buena página escrita, y por supuesto leer más; los niños entre los tres y cinco años tienen la edad ideal para empezar a interesarse por los libros, hay hasta de plástico por si los mojan o los quieren romper. Recuerden, un libro nunca te va a traicionar, siempre estará junto a ti.

Lo anterior lo dijo en un encuentro con estudiantes de preparatoria de la CCH Vallejo perteneciente a la Universidad Autónoma de México.

Sí, estamos viviendo momentos que se pueden considerar incluso más terribles que el



2 de octubre de 1968, porque es ya una agresión totalmente frontal...Se trata de un crimen de lesa humanidad, una masacre que la sociedad mexicana no puede tolerar, ante lo cual los ciudadanos deben protestar y hablar, en particular el sector estudiantil. Es una vergüenza, porque matar a un joven es matar la esperanza y es matar el futuro del país.

Su discurso del domingo 26 de octubre de 2014 en el Zócalo de la Ciudad de México, cuando se cumplió un mes de la desaparición de los 43 estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa, fue considerado un alegato a favor de los jóvenes y el grito de una sola palabra: “Regrésenlos”.

*Sanjuana Martínez*



AL PAÍS DE LAS ÁGUILAS SU  
REINA VOLVERA. LA CARCEL DE  
LA LUNA PRECISARA ROMPER.  
GUARDIANES DE OTROS TIEMPOS  
A SU LADO VENDRAN Y UNIDOS  
TODOS JUNTOS, LA BATALLA DARAN  
SONÁMBULOS ANDANTES LA  
VERÁN AVANZAR Y EL ÚNICO  
DESPIERTO SU AYUDA PEDIRÁ,  
LOS PEORES Y MEJORES POR  
ELLA SE UNIRAN Y EL AGUA  
DE LOS CIELOS, A TODOS LIMPIARA  
A TORQUES DEL PASADO, EL  
PRESENTE SE OIRA, MÁS SÓLO  
EN EL SILENCIO SU VOZ SE  
ESCUCHARA Y EN CASO DE  
ORDERA, SIN SACRIFICIO  
NARRA, COYA LUZ POR  
SILENIOS, LA RUTA ALIMBIARA

Justicia  
Paz México  
Amor <sup>somos</sup> #13

TOP 1  
del año



# DISCURSO PRONUNCIADO EL DOMINGO 26 DE OCTUBRE DE 2014

ELENA PONIATOWSKA

**H**oy, domingo 26 de octubre, a un mes de la ausencia de los 43 muchachos desaparecidos de la Normal Rural de Ayotzinapa por la Policía Municipal de Iguala, Guerrero, reclamamos aquí en el centro del país, en la capital de México, la presencia de los muchachos y pedimos a cielo abierto y en voz alta: “Regrésenlos”.

La Normal Rural de Ayotzinapa, Guerrero, es muy pobre, pero es el único lugar donde los que nada tienen pueden recibir una educación superior gratuita. Es la única opción de los campesinos que han escogido ser maestros rurales. Las habitaciones de los estudiantes de la Normal evidencian la miseria, el abandono de los muchachos. Su comida también. Cuando a



uno de ellos le sirvieron leche exclamó que era la primera vez que la veía y sonrió al decir que le gustaba. Así como la leche, son muchos los alimentos que los chavos desconocen. Sus camisetitas, sus mochilas, sus suetercitos recargados en los muros de su cuarto vacío, sus utensilios de plástico, todo son prendas de pobre.

Ya es hora de que en México hablen los pobres, ya es hora de que los ciudadanos se manifiesten por encima de los partidos. Ya es hora de que seamos consultados. Ser consultado es un derecho político que demandamos desde hace mucho tiempo los habitantes de los 32 estados de la República. Somos miles los mexicanos que no nos sentimos representados; miles los mexicanos que queremos una democracia participativa; miles de mexicanos que levantamos la voz y pedimos ser tomados en cuenta en los asuntos públicos, sobre todo en los de trascendencia nacional, como es nuestro futuro energético. Los grandes temas nos conciernen pero conciernen sobre todo a los jóvenes porque además de ser el futuro tienen que mantenerse vivos. Sin ellos simplemente



no hay país. Así como se dice: “Sin maíz no hay país”, sin los jóvenes no hay nada.

El pasado miércoles 23 de octubre en una marcha que NO convocó un solo partido, los ciudadanos se organizaron solos e inauguraron una protesta ejemplar, absolutamente fuera de serie. La marcha resultó cinco veces mayor que la consignada por los medios: 350 mil personas, un río de gente seguía entrando y abarrotaba las calles aledañas al Zócalo de por sí lleno a reventar. La multitud protestaba contra el crimen de Ayotzinapa, un crimen de lesa humanidad. Los estudiantes fueron cazados, sometidos a la tortura hasta la muerte, a la desaparición forzada, a ejecuciones arbitrarias, y ahora los culpables quieren librarse de su responsabilidad acusando a los jóvenes y buscan criminalizarlos al querer ligarlos al cartel de Los Rojos o a Guerreros Unidos. No se vale desviar la investigación de los hechos y deslizar en conferencias de prensa que se trata de un enfrentamiento entre cárteles. Tampoco se vale implicar a los muchachos en grupos guerrilleros. El Caso Iguala es una mancha



atroz en la vida oficial y política de nuestro país ya de por sí hundida en el lodo.

El periodista París Martínez se preocupó por levantar con amigos y familiares perfiles de los estudiantes. Es justo, a pesar de que sólo podamos hacerlo con unas cuantas líneas, que recordemos a cada uno y por eso les pido que después del nombre y la descripción de cada muchacho, digamos todos al unísono: “Regrésenlo”, así como en la Guardería ABC en Hermosillo, cuando la muerte de 49 niños y un saldo de 76 heridos, el 5 de junio de 2009 dijimos “Presente”, el nombre de cada niño.

1. Jhosivani Guerrero de la Cruz, de 20 años, de Omeapa. Delgado, de cara espigada, ojos rasgados, apodado “Coreano”. Camina cuatro kilómetros de ida hasta la carretera para tomar el transporte y cuatro de regreso porque quiere ser maestro de primaria en su tierra Omeapa.

2. A Luis Ángel Abarca Carrillo, de 21 años, de la Costa Chica, San Antonio, municipio de Cuauhtepic, lo apodan “Amiltzingo”. Muy cariñoso, es miembro de la Casa Activista en la que los normalistas pueden inscribirse para recibir



formación política. Allá adentro resuena el nombre de Lucio Cabañas. Los ricos de Guerrero consideran revoltosos a los normalistas porque el héroe al que buscan imitar es el guerrillero Lucio Cabañas que también fue maestro.

3. A Marco Antonio Gómez Molina, de 20 años, apodado “Tuntún”, de Tixtla, le encantan las tocadas de rock. Le gusta mucho Saratoga, Extravaganza, Los Ángeles del Infierno. También es el compañero que siempre hace reír de la Casa Activista.

4. A Saúl Bruno García, de 18 años, lo conocen como “Chicharrón”; es desmadroso, es de los que trata de hacerte reír hasta donde más, muy bromista y amistoso. Es de Tecuanapa y le falta el dedo anular de la mano izquierda porque se lo mordió el molino cuando hacía la masa. Saúl Bruno García rapó a todos los de la Casa Activista. Un compañero tenía fotos del momento de la rapada en su celular, pero los policías se lo quitaron.

5. Jorge Antonio Tizapa Legideño, de Tixtla, tiene 20 años —dice su mamá—, y tiene un hoyito en la mejilla izquierda. Le gusta trabajar en



el campo, sembrar granos y hortalizas porque nunca alcanzan los recursos del gobierno estatal para los 500 estudiantes.

6. Abel García Hernández, de Tecuanapa, es un niño campesino de 19 años. Tiene una mancha atrás de la oreja derecha, es flaquito y mide 1.62 de altura.

7. A Carlos Lorenzo Hernández Muñoz, de 19 años, lo bautizaron como “el Frijolito” y es de la Costa. Parlanchín, siempre está dispuesto a ayudar a las personas. “el Frijolito” fue el primero en ponerse de pie para donar su sangre cuando la pidieron en Tixtla para un enfermo.

8. Adan Abraján de la Cruz, de 20 años, campesino, es del Barrio de El Fortín, en Tixtla, un pueblo que cuida la Policía Comunitaria. Es del equipo de futbol de los Pirotécnicos de El Fortín, sus amigos lo consideran buen futbolista.

9. Felipe Arnulfo Rosa, campesino, es de un rancho del Municipio de Ayutla y tiene 20 años. Se cayó de espaldas siendo chiquito y tiene una cicatriz en la nuca.

10. A Emiliano Alen Gaspar de la Cruz lo bautizaron como “Pilas”, por inteligente. “No



echa relajo, es sereno y razona mejor que otros, le gusta tener todo en su lugar”. Emiliano fue uno de los veinte alumnos de primer ingreso que hace dos meses se inscribieron en la Casa Activista. Diez miembros de la Casa Activista se encuentran entre los 43 normalistas secuestrados el 26 de septiembre.

11. César Manuel González Hernández, de 19 años, es de Huamantla, Tlaxcala. Desmadroso, tiene el apodo de “Panotla”, pero también le dicen “Marinela” porque una vez, en Jalisco, se llevó la camioneta de la empresa que hace pastelitos.

12. Jorge Álvarez Nava, “el Chabelo”, de 19 años, es del municipio de Juan R. Escudero, Guerrero. Tiene una cicatriz en el ojo derecho y es tranquilo. Nunca alburea a nadie, nunca dice una grosería y su paciencia hace que nunca le falte al respeto a nadie. Es uno de los más sensibles de la Casa Activista. Sus padres aguardan en la cancha deportiva de la Normal de Ayotzinapa y se abrazan al hablar de él.

13. José Eduardo Bartolo Tlatempa, de 17 años, es de Tixtla, estudiante de primer año de



la Normal Rural. Su padre es albañil de oficio y espera que su hijo sea profesionista.

14. Israel Jacinto Lugardo, de 19 años, es de Atoyac, y sus amigos lo apodan “Chukyto”. Su mamá sostiene un cartel con el rostro de su hijo y lo exhibe ante los automovilistas durante la toma de la caseta de Palo Blanco, en la Autopista del Sol. “Él es medio robusto, tiene una cicatriz en la cabeza. Su piel es morena clara, su nariz media chata. Es un buen muchacho, se vino con mucha ilusión a estudiar.”

15. Antonio Santana Maestro, apodado “Copy” porque habla muy bien en público, es reconocido en la Casa del Activista a la que acuden los otros jóvenes. El “Copy” toca la guitarra, también le gustan los videojuegos, juega con el PSP. Pero lo que más le encanta es la lectura.

16. Christian Tomás Colón Garnica, de 18 años, de Tlacolula de Matamoros, Oaxaca. Su papá viaja desde su tierra apenas se denunció el rapto de los 43 jóvenes normalistas. “Yo soy jornalero, gano 600 pesos semanales, máximo, y eso cuando hay, porque a veces no hay tra-



bajo. Mi muchacho quiere ser maestro, esa es la profesión que él quiere, pero lo frenaron, lo detuvieron... ¡¿Qué vamos a hacer?!”

17. A Luis Ángel Francisco Arzola, de 20 años, sus compañeros normalistas lo conocen como “Cochilandia”, pero nadie sabe por qué. Llegó con el apodo. “Es un chavo serio, trabajador, y aquí lo estamos esperando y queremos que él sepa que no vamos a parar hasta encontrarlo”.

18. Miguel Ángel Mendoza Zacarías, de Apango, municipio Mártir de Cuilapa, tiene 23 años, y sus compañeros consideran que el “ya es grande”. Ellos tienen entre 17 y 20 años. En su pueblo, Apango, era peluquero para salir adelante. Es un chavo bajito, “chido” según sus cuates, porque los apoya, da consejos, da todo a cambio de nada. Cuidaba a sus papás y a sus hermanos. Vino a la Normal en el mismo asiento del autobús con un compañero “pero empezaron los balazos y desafortunadamente él corrió para un lado y yo para otro, a él lo arrestaron los policías de Iguala, yo logré escapar, pero desde entonces no lo encuentro...”



19. Benjamín Ascencio Bautista, de 19 años, a quien le dicen “Comelón” porque un día se acabó solo todas las galletas en una mesa durante una conferencia, es originario de Chilapa. Antes de ingresar a la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa fue educador comunitario del Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE), en donde se prepara a voluntarios para alfabetizar en poblaciones marginadas, aisladas, rurales e indígenas de todo el país.

20. Alexander Mora Venancia, de 19 años y proveniente de “El Pericón”, municipio de Tecuanapa, Guerrero. Nadie le podía quitar la idea de ser maestro. Le gusta dar clases. Primero ayudó en el campo pero quiso estudiar... “Yo le exijo —dice su padre— a la autoridad que haga su trabajo como debe ser, que no tape a los culpables de la masacre que cometieron los policías de Iguala y su presidente municipal. Así como vivos se los llevaron, quiero que vivos los regresen...”

21. Leonel Castro Abarca, campesino de la comunidad de “El Magueyito”, municipio de Tecuanapa, no tiene apodo y para sus amigos “es una



persona seria, pero con sentido del humor. Sueña con ser maestro, para sacar a su gente adelante.”

22. Everardo Rodríguez Bello, de 21 años, es originario de Omeapa. Lo conocen como “El Shaggy” porque se parece al de *Scooby Doo*. Técnico en mecánica automotriz desde el CONALEP, se enoja mucho con la desigualdad sobre todo cuando se trata de comida: “Si a ti te dan seis tortillas y a él cinco, protesta.”

23. Doriam González Parral, de Xalpatláhuac, Guerrero, tiene 19 años. Es chaparrito y “se ve como un niño y por eso le dicen ‘Kínder’”. Causa mucha gracia cuando echa relajo. Tiene un hermano en la Normal. Los hermanos entraron juntos, es notoria su fraternidad y los dos fueron secuestrados juntos...”

24. Jorge Luis González Parral, de 21 años, es el hermano mayor de Doriam, “el Kínder”. Es un compañero serio que ha trabajado en diferentes taquerías y aunque le gustaba quería progresar y escogió ser maestro igual que “Kínder” su hermano. Su apodo es “Charra” porque tiene una cicatriz en la pierna como si se la hubiera hecho con una charrasca...”



25. Marcial Pablo Baranda, de 20 años, habla una lengua indígena y quiere ser maestro bilingüe al lado de otros maestros bilingües que vienen de pueblos todavía más pobres. Es bajito, buena onda, primo de Jorge Luis y Doriam y sus amigos lo apodan “Magallón”, porque su familia tiene un grupo musical tropical con ese nombre que canta canciones de su tierra la Costa Chica. Se la pasa cantando cumbias y toca la trompeta y las tarolas.

26. Jorge Aníbal Cruz Mendoza, de Xalpatláhuac, “también es de la banda de los ‘Kínder’, a él le dicen ‘Chivo’ y es serio, y aunque se lleva bien con todos casi no echa desmadre...”

27. A Abelardo Vásquez Peniten, originario de Atliaca, Guerrero, le gusta el fútbol. “En un partido hace poco metió muchos goles. Nunca echa desmadre, se da a respetar porque nunca le falta al respeto a nadie ni anda criticando. Además del fútbol le encanta estudiar porque agarra un libro y agarra otro y otro y otro.”

28. A Cutberto Ortíz Ramos de Atoyac le dicen “El Kománder” porque tiene cierto parecido con el cantante de corridos nortños.



“Tiene una mirada muy fuerte, es robusto, alto, amigable, responde de buena manera. En los campos de cultivo de la escuela le echa ganas. Y le encanta contar un chiste de Bob Esponja, se ríe e imita a la perfección la risa de Bob Esponja.”

29. Bernardo Flores Alcaraz, campesino, tiene 21 años y en su pecho un lunar como una manita de gato. “Tiene mucha ilusión de ser maestro y de ayudar a los niños y a los señores adultos que no saben leer ni escribir. En el campo hay mucha gente rezagada en educación y su ilusión es enseñarles. Los 43 normalistas salieron a recabar fondos para hacer sus prácticas, no se vale que les trunquen su vida y los dejen tirados en su sangre...”

30. Jesús Jovany Rodríguez Tlatempa, de Tixtla, apodado “el Churro”, de 21 años, es el mayor de cuatro hermanos y “el único apoyo de su mamá” según su prima, quien marchó durante cinco horas manteniendo en alto una pancarta con su retrato. Lo invitaron a la jornada de boteo del 26 de septiembre. Es un muchacho sumamente noble que mantiene a una sobrina



de un año porque su hermana es mamá soltera y fúnge como figura paterna. Su prima reclama con furia su presentación así como pide justicia para los muchachos de Tlatlaya en el estado de México que son muchos.

31. Mauricio Ortega Valerio, de Matlalapa o Matlinalpa cerca de “La Montaña”, de 18 años, es apodado “Espinosa” porque cuando lo raptaron —tradición en la Normal de Ayotzinapa para los alumnos de primer ingreso— le salió cierto parecido con Espinosa Paz, el cantante.

32. A Martín Getsemany Sánchez García de Zumpango, de 20 años, a quien le gusta jugar futbol y le va al Cruz Azul, toda su familia lo busca. Tiene ocho hermanos y durante la marcha del miércoles 22 en Chilpancingo sus familiares llevaron una manta con su fotografía.

33. Magdaleno Rubén Lauro Villegas, de 19 años, conocido como “El Magda”, “es un compa tranquilo y noble que estudia para convertirse en maestro bilingüe, para dar clases a los niños indígenas que no hablan español...”

34. Giovanni Galindo Guerrero de 20 años, conocido como “el Espáider”, “porque es flaqui-



to y tiene su propio estilo para correr y brincar como si se estuviera colgando de las telarañas igual que el Hombre Araña”.

35. A José Luis Luna Torres de 20 años de Amilzingo, Morelos, sus cuates le dicen Pato, porque se parece al Pato Donald y tiene voz de pato. Es serio, tranquilo, siempre te habla bien, es buena onda, pero es callado y no echa mucho desmadre.

36. Julio César López Patolzin, de 25 años de Tixtla “no tiene apodo. Le dicen simplemente ‘El Julio’. Es buena onda el bato pero calladito, no echa mucho relajo, sólo se lleva con unos pocos pero siempre es agradable...”

37. A Jonás Trujillo González, de la Costa Grande del Ticuít, municipio de Atoyác de Álvarez, le dicen “Beni” porque su hermano también está en la Normal de Ayotzinapa pero en segundo año y él se llama Benito. Por lo tanto ellos son los “Benis”. “Es alto, gordito y se lleva muy bien con su hermano. Los dos son muy parecidos, aunque el menor es más alto y más clarito de piel...”

38. A Miguel Ángel Hernández Martínez, de 27 años, lo apodan “Botita” porque a su her-



mano mayor, quien también estudia en la Normal, le dicen “El Bota” y a él, en automático, le pusieron “el Botita”, aunque es de estatura media y gordo, nada desmadroso, siempre amigable, sano, no pesado: “No es alburero, es buena onda de echar la mano, pendiente de los demás, un chavo muy solidario con todos, que en la clase le explica al profe y le hace el paro...”

39. Christian Alfonso Rodríguez, de 21 años, de Tixtla, anhela ser maestro y le gusta la danza folclórica. A él le dicen “Hugo” porque siempre usa playeras de Hugo Boss. Su primo en la marcha del miércoles 22 se quedó ronco de tanto explicar: “No sólo es mi primo, es mi amigo... es una persona muy aplicada, muy dedicada al estudio y a la danza y es injusto que alguien que se entregue y se esfuerce de ese modo, sufra consecuencias trágicas a manos del gobierno...”

40. José Ángel Navarrete González, de 18 años, comparte una habitación dentro de la Normal con otros dos jóvenes, en la que no hay un solo mueble, ni siquiera camas, sólo pliegos raídos de hule espuma.



41. A Carlos Iván Ramírez Villarreal, de 20 años, le dicen “El Diablito”. “La verdad es que es bueno, no se mete con nadie, tranquilo, quiere ser alguien pero en buena onda, no payaso pues...”

42. José Ángel Campos Cantor, de 33 años, de Tixtla, es el de mayor edad de los 43 normalistas desaparecidos. “Aunque mayor nunca abusa de los demás, al contrario, apoya en todo, es amigo de todos...”

43. A Israel Caballero Sánchez, originario de Atliaca, un pueblito a la mitad del camino entre Tixtla y Apango, le dicen “Aguirrito”, por gordito. Está preparándose para ser maestro en comunidades indígenas, y cuando sus compas le dicen “Aguirrito”, protesta: “No sean cabrones, no me pongan esa chinga...”

Ayotzinapa está destrozado. México está destrozado. Los alumnos de la Normal de Ayotzinapa conservan los tenis rotos de sus compañeros, su ropa, hasta los cartones que les sirven de cama. Esperan su regreso a pesar de que al extraordinario sacerdote Alejandro Solalinde, protector de los migrantes



que ahora mismo celebra misa en Ayotzina-  
pa, varios testigos le dijeron que los estudian-  
tes habían sido asesinados, desmembrados  
y tirados a una fosa a la que le prendieron  
fuego. No hay respuesta suficiente ante cri-  
men tan grande. La foto del estudiante del  
Estado de México, Julio César Mondragón, al  
que le sacaron sus ojos, circula en Internet.  
Su rostro desollado. Estamos ante una catás-  
trofe nacional. En cinco estados hay protes-  
tas en apoyo a los 43 desaparecidos. México  
se desangra. La comunidad internacional está  
escandalizada y considera que México es aho-  
ra el país sin guerra más peligroso para los  
jóvenes. Jóvenes mutilados, jóvenes sin cuer-  
po, jóvenes asesinados. En el mundo entero  
resuena la indignación. La madre del estu-  
dante de Guadalajara Ricardo Esparza que  
asistió al Cervantino de Guanajuato dijo que  
agradecía recibir el cuerpo muerto de su hijo  
para llevarle flores. ¿No resulta monstruosa  
su conformidad? O como se pregunta Gloria  
Muñoz Ramírez. “¿Hasta dónde ha llegado el  
terror implantado por el gobierno en el seno



de la sociedad?” Frente al terror sólo queda la unión de un pueblo que se levanta y grita como lo ha hecho durante días: “Vivos se los llevaron, vivos los queremos”.



EN MEXICO  
MIENTRAS EL  
GOBIERNO SE CANSA  
EL PUEBLO INDIGNADO  
NO DESCANSA

#AYATZINAPA

FALTAN

4

3



**A** Elena le encanta estar rodeada de jóvenes y niños. Es abuela y sus nietos le llenan los días de alegría y amor. Los jóvenes, dice, son el futuro, pero también el presente y por eso los invita a leer: “No pueden fallarle al país, tienen que leer”. Les advierte que México es un país lastimado y enfermo de corrupción y violencia. Ellos, los jóvenes, son agentes de cambio y cree que esos 28 millones de jóvenes que hay en el país, son una de las claves más importantes para transformar nuestro país.

Los jóvenes son mi fuerza, mi inspiración y mi orgullo. Creo en ellos como el Santo Niño de Atocha en el que confiaba Jesús Palancares. Sin ellos no tendría sentido teclear un día sí y otro también desde el año de 1953 hasta la fecha. Sin los jóvenes, México estaría irremediablemente perdido, sin aliento, sin nadie por quién luchar, sin vuelo, sin futuro. La tienen difícil en estos años porque a los egresados de las distintas facultades universitarias se les cierran las puertas.



Elena los defiende siempre, porque se interesó por la juventud mucho antes de 1968 cuando los veía discutir y descubría que eran “Dioses”, renovación, evolución. Esos jóvenes eran y son “la fuerza” de México. Aquellos estudiantes del 68 se le revelaron combativos, inteligentes, capaces de cuestionar a los poderes establecidos. Aquellos jóvenes del 68 que recurrieron al silencio para hacerse oír, son los de hoy, son los estudiantes de todas las universidades, también los que no estudian ni trabajan, los normalistas de Ayotzinapa, son nuestros jóvenes y tenemos que cuidarlos. Porque como bien dijo en el siguiente discurso a propósito de la matanza de Tlatelolco y de la desaparición forzada de los 43 estudiantes de la Normal “Isidro Burgos”: ser joven en México es también jugarse la vida.

*Sanjuana Martínez*



# LOS JÓVENES MEXICANOS: DE 1968 A AYOTZINAPA

POR ELENA PONIATOWSKA

**L**a juventud no es eterna sino transitoria. Ser joven es desconocer el peligro, es jugarse la vida a cada paso. El riesgo no importa porque no se tienen las ataduras de los adultos: casa, mujer, hijos, automóvil, predial, cuenta bancaria, seguro social. “Juventud, divino tesoro, ¡ya te vas para no volver!” escribió Rubén Darío que en este 2016 cumple cien años de muerto y es celebrado en el mundo de habla hispana. Y sus versos son tan acertados como aquellos de “Lo fatal”:

Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura porque esa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor  
de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.



Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,  
y el temor de haber sido y un futuro terror...  
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,  
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,

¡y no saber adónde vamos,  
ni de dónde venimos!...

Hoy los problemas de los jóvenes no son sólo los del acné. Hoy más que nunca, en una crisis mundial de desempleo, luchan por buscarse un espacio y ejercer su carrera, encontrar un trabajo. La sociedad y sobre todo el gobierno pone gran énfasis en la drogadicción y la apatía, pero habría que decir que son nulas las oportunidades que le brinda México al que sale de la Universidad. Este año 2016, la UNAM admitió a 4,700 muchachos de 58 mil aspirantes y recibió a menos del 10 por ciento entre hombres y mujeres. ¿Qué será de los que no fueron admitidos?



¿Dónde encontrarán su futuro? México le cierra las puertas a su juventud. ¿Cómo puede un muchacho o una muchacha adquirir práctica si nadie, ninguna empresa les da la oportunidad de su primer empleo porque paradójicamente “no tiene experiencia”?

En todas las ciudades del mundo, los jóvenes son la avanzada de los movimientos sociales; como los peones del ajedrez, van siempre al frente y son los primeros que se come el caballo. Mi contacto más cercano con los jóvenes se inició con el movimiento estudiantil de 1968. También 1968 fue el año de Vietnam, de Biafra, del asesinato de Martin Luther King, del de Robert Kennedy, después del de su hermano John F. Kennedy, presidente de los Estados Unidos, de la reivindicación del pueblo negro, de los Black Panthers, de la Primavera Negra, del movimiento hippie que llegó hasta la humilde choza ahumada en las montañas de Oaxaca de la chamana María Sabina, quien ofició la ceremonia de los hongos alucinantes; sin embargo, para México, 1968 tiene un solo nombre: Tlatelolco, 2 de octubre.



*Ho Ho Ho Chi Minh*  
*Díaz Ordaz, chin, chin, chin.*

Ho Chi Minh, el maravilloso jefe de la República Democrática de Vietnam era una figura casi tan carismática para los estudiantes en 1968 como el “Che” Guevara, aunque hoy esté un poco olvidado. La guerra de los Estados Unidos en contra de Vietnam conoció el repudio absoluto de los estudiantes de Berkeley y a partir de 1963, las manifestaciones de protesta fueron continuas. Los muchachos norteamericanos no sólo lucharon por el *Free Speech*, la libertad de cátedra, la libertad de credo, sino que se negaron a acatar los designios gubernamentales y empresariales: entrar al proceso triturador del “*big business*” (sobre todo a la industria de guerra) y rechazar el futuro que les tenían prometido. Se opusieron a la poderosa maquinaria estatal llevando una flor amarilla en los cabellos (que por cierto crecían alargando su antagonismo). Frente a la universidad, los floreados muchachos de Berkeley detenían a los soldados recién enrolados pidiéndoles: “Don’t go. This is genocide”. Y les sonreían: “Peace and love”.



No sólo eran los estadounidenses los rebeldes, los jóvenes del mundo entero alzaban la mano en el aire, algunos con el puño cerrado, otros haciendo la V de la victoria. Tenían mucho que reclamarle a la sociedad. ¿Qué mundo les heredaban sus padres? ¿Qué harían al graduarse? ¿Qué les ofrecía la sociedad de consumo? ¿Deseaban realmente ser parte de un engranaje de producción masiva? En Europa, las perspectivas de la juventud eran desoladoras. No había trabajo para los egresados de las universidades. ¿En dónde se emplearían?

Dentro de esas circunstancias de inquietud y descontento —no hay que olvidar que la guerra de Vietnam duró de 1945 a 1969— se dio en varios países del mundo el gran rechazo al orden establecido, al status quo, a los partidos, a los gobiernos. En Mayo de 1968 en París, el General Charles de Gaulle, el gran héroe de la Segunda Guerra Mundial fustigó a los estudiantes que paralizaban la vida cotidiana de París y habían levantado barricadas con las piedras del pavimento, pintaban los muros de La Sorbonne y rehusaban entrar a clase. Les dijo que no com-



prendía que siguieran a un líder judío-alemán, Daniel Cohn-Bendit, apodado “Danny el rojo”. Al día siguiente. En una de sus marchas multitudinarias, los estudiantes tomaron la calle repitiendo una y otra vez:

“Nous sommes tous des juifs allemands”

Todos somos judíos alemanes, todos somos judíos alemanes. Las guerras quedaban olvidadas, los jóvenes eran uno solo, el repudio era de todos. Si en Francia, la falta de oportunidades, De Gaulle y su gobierno fueron el objetivo estudiantil; en México, el partido oficial, el PRI, la corrupción, el presidente y su gabinete, el cuerpo policíaco de granaderos, los absurdos delitos de Disolución Social y Ataque a las vías públicas (de los que ya se había acusado a estudiantes que habían caído presos en julio y agosto de 1968, como Salvador Martínez della Roca “El Pino”, dos meses antes de la masacre del 2 de octubre), fueron el detonador del movimiento del 68 a quien José Revueltas llamó “enloquecido movimiento de pureza”.



*¿Qué querían los estudiantes? ¿Qué pedían?  
Vallejo-libertad, Vallejo-libertad, Vallejo-libertad.*

Demetrio Vallejo y Valentín Campa llevaban doce años en la cárcel. Eran dos líderes, dos conciencias libres, dos símbolos. Hacia ellos podían mirar los estudiantes. Vallejo se había negado a transar en la gran huelga ferrocarrilera de 1958 que paralizó al país pidiendo un mejor salario para los trabajadores del riel. Claro, muchos jóvenes desconocían el movimiento ferrocarrilero pero la Universidad y el Politécnico están allí para informar, “concientizar” (palabra eminentemente universitaria), poner en marcha, enseñar a pasar de la práctica a la acción. Los estudiantes querían ligar su movimiento a otros, al de los trabajadores, y aunque jamás consiguieron el apoyo de los trabajadores (una de las razones de su fracaso) hicieron varios intentos de acercamiento. “Obrero, toma tu volante, toma obrero”, decían las niñas universitarias de minifalda y voz cantarina. Sus grandes manifestaciones, la de agosto 13, la de agosto 27, la del Silencio, la del rector Javier



Barros Sierra cuya conducta resultó irreprochable, conmovieron a la sociedad mexicana. Más de 500 mil muchachos y muchachas acompañados por padres y familiares descendían por el Paseo de la Reforma al Zócalo suscitando el entusiasmo de espectadores hasta entonces indiferentes por no decir inermes. Muchos se les unieron. Muchos se emocionaron, México podía cambiar, incluirlos, devolverles algo de lo que le habían dado, y entre todos podrían crear una sociedad en la que cupieron todos, una sociedad de acuerdo con los ideales por los que hasta el día de hoy no habían luchado. Hasta ese día, ninguna demostración antigubernamental en la historia de México había levantado tanta ámpula.

Y tanta esperanza.

El pliego petitorio estudiantil era limitado. No había una sola petición académica, nada para mejorar el plan de estudios, nada para elevar las condiciones de vida de los mexicanos, nada para la academia, la ciencia, el desarrollo universitario y politécnico. Sin embargo resultó muy concreto, a diferencia de las intermina-



bles sesiones del Consejo Nacional de Huelga en los que se podía comer, dormir, complotar y hasta hacer el amor, que según el 68 francés es una buena manera de ser revolucionario.

1. Libertad de todos los presos políticos.
2. Derogación del artículo 145 del Código Penal Federal.
3. Desaparición del cuerpo de granaderos.
4. Destitución de los jefes policiacos Luis Cueto, Raúl Mendiola y A. Frías.
5. Indemnización a los familiares de todos los muertos y heridos desde el inicio del conflicto.
6. Deslindamiento de responsabilidades de los funcionarios culpables de los hechos sangrientos.

La situación era crítica. Al gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz, el país se le estaba yendo de entre las manos y eso en el año de las Olimpiadas. Por primera vez, los Juegos Olímpicos se llevarían a cabo en un país del tercer mundo (concepto acuñado por De Gaulle). En la ciudad de México, nuestra fachada olímpica se levantó en menos de un año: estadios, Villa



Olímpica, conjuntos deportivos y hasta una innovación: la olimpiada cultural para exhibir las riquezas espirituales de México, su aportación intelectual al mundo. Tras la construcción de los edificios que albergarían a los deportistas, se escondía la miseria, la gente descalza, los niños panzones, los campesinos sin comer, la jerarquización de una sociedad hostil a los olvidados de siempre, la crueldad de un gobierno dispuesto a aparentarlo todo. Eso sí, en las entrañas de la ciudad, correría un metro más moderno que el de París, aunque en las entrañas de los mexicanos más pobres no corrieran más que tortillas con sal. El PRI-gobierno intentaba demostrarle al mundo que en México había que invertir, que el nuestro era un país modelo, que el futuro de América Latina se concentraba en nuestro progreso y nuestra estabilidad. ¡Qué impresionada le íbamos a dar al mundo! Por más exorbitantes que fueran los gastos, millones de dólares entrarían más tarde porque los seducidos visitantes invertirían en nuestro país y recuperaríamos todo el oro que codiciaron nuestros primeros conquistadores.



No queremos olimpiadas, queremos revolución. No queremos olimpiadas, queremos revolución.

¡Ah que los muchachos antipatriotas y saboteadores! Los 146 días, duración del Movimiento Estudiantil, fueron de fervor. Quienes participaron jamás los olvidarán. La Universidad actuó como la gran protectora de sus estudiantes y muchos de ellos se guarecieron en las aulas y hasta durmieron en los corredores con tal de no perder una sola de las asambleas, la planeación de los mítines y entregarse a las fervorosas tareas de imprimir volantes, reunir botes de Mobil-Oil y forrarlos con las letras CNH y salir volando a la calle a hacer colectas. La euforia de la participación y la camaradería resultó desbordante. Hombres y mujeres vivían los mejores días de su vida pasada y futura, nada mejor podía sucederles. “UNAM, territorio libre de México” decía una voz juvenil amplificadas por los magnavoces. La toma de Ciudad Universitaria en el mes de septiembre



y la detención de 500 universitarios llevados en camiones abiertos del ejército, estudiantes, maestros e investigadores de tiempo completo indignó a todos. Los estudiantes rodearon a su rector que los defendía confrontando personalmente al presidente de la república y al resto del gabinete. Las autoridades del Politécnico nunca le dieron semejante protección a sus estudiantes y se aliaron al gobierno. Los 146 días para los muchachos del Poli fueron de persecución policíaca, temor, falta de oportunidades y rechazo total en un rumbo de la ciudad —el norte—, mucho más pobre que el universitario y por lo tanto mucho más expuesto. Las marchas, las colectas, los pleitos entre marxistas-leninistas y maoístas, la quema de camiones, los desplegados en el periódico *El Día* que dio seguimiento a las actividades del Consejo Nacional de Huelga, los comunicados, los artículos de simpatizantes como Francisco Martínez de la Vega, José Alvarado, María Luisa Mendoza, Gastón García Cantú, amigo personal de don Javier Barros Sierra, toda esta larga marcha (a veces jubilosa, otras aterradora porque había



mueritos y encarcelados) terminó en la Plaza de las Tres Culturas, el 2 de octubre de 1968, a las seis y diez de la tarde, bajo la lluvia, con la entrada del ejército que comandaba el general Hernández Toledo (herido en el pecho) y del Batallón Olimpia situado en las azoteas de los edificios circundantes compuesto por hombres vestidos de civil que llevaban un guante blanco o un pañuelo para identificarse que en una confusión absoluta desataron la balacera.

“¿Por qué?”, se preguntó Abel Quezada a la mañana siguiente, al pintar un cuadro negro en vez de su acostumbrada caricatura en el diario *Excélsior*.

A las cinco de la tarde del miércoles 2 de octubre de 1968, casi diez mil hombres, mujeres y niños se reunieron en la Plaza de las Tres Culturas de Santiago Tlatelolco (así llamada porque preserva el mundo precortesiano en las ruinas arqueológicas, el de la Colonia, en el Convento Franciscano, y la época moderna en el alto y espigado edificio de Relaciones Exteriores). Cuando los líderes vieron el gran despliegue de fuerza del ejército, la policía y los granaderos, decidieron disolver el mitin y desde el tercer



piso del edificio Chihuahua del conjunto habitacional de Tlatelolco, le pidieron a la multitud que regresara a su casa. Un estudiante de nombre Vega anunció a las 6.10 que la marcha al Casco de Santo Tomás del Politécnico estaba suspendida y en ese momento un helicóptero sobrevoló la plaza y dejó caer tres luces de bengala verde. Se oyeron los primeros disparos y la gente empezó a correr.

—No corran compañeros, no corran, son salvas, calma, compañeros.

La desbandada fue general, todos huían, muchos cayeron en la Plaza. El fuego cerrado y el tableteo de las ametralladoras convirtió la Plaza de las Tres Culturas en un infierno. Según la corresponsal del diario *Le Monde* el ejército empezó a detener a miles de muchachos y muchachas a quienes mantuvo con los brazos en alto bajo la lluvia. Algunos corrieron hacia la iglesia de Santiago Tlatelolco y gritaron:

—Ábranos, ábranos.

Los frailes franciscanos hermanos-lobo mantuvieron cerrada la puerta a sus hermanos-niños.

El mismo 2 de octubre, cuando la doctora en



antropología Margarita Nolasco logró salir de la Plaza de las Tres Culturas de Santiago, Tlatelolco, abrió la ventanilla del taxi que la llevaba a su casa y gritó a los peatones que se encontraban a la altura de la Casa de los Azulejos

—¡Están masacrando a los estudiantes en Tlatelolco! ¡El ejército está matando a los muchachos!

El taxista entonces la reprendió:

—Suba usted la ventanilla, señora, porque si sigue haciendo esto, señora, tendré que bajarla del coche.

Él mismo cerró la ventanilla.

La vida seguía como si nada. Margarita Nolasco perdió el control. “Todo era de una normalidad horrible, insultante, no era posible que todo siguiera en calma”. Nadie se daba por enterado. El flujo interminable de los automóviles subiendo por la avenida Juárez seguía su cauce, río de acero inamovible. Nadie venía en su ayuda. La indiferencia era tan alta como la de los rascacielos. Además llovía.

Después de todo, Tlatelolco es sólo un enclave dentro de la ciudad más grande del mundo, el



Movimiento Estudiantil sólo una revuelta de jóvenes imberbes que creían que la ciudad era suya, que podían cantar de alegría y dejar salir al poeta que traían adentro, a su ángel de la guarda, al ego, al subconsciente, a la entrega, al amor por el otro, a las fuerzas del bien y del mal, adolescentes ingenuos que se imaginaron que las 500 mil personas que marchaban junto a ellos en las grandes manifestaciones los iban a proteger siempre, que apoyados por la multitud serían invencibles, jóvenes alucinados y espléndidos que creían poder gritar impunemente frente al balcón presidencial al entonces jefe de la nación (y sobre todo jefe del Ejército Mexicano) Gustavo Díaz Ordaz:

*Sal al balcón, hocicón,  
sal al balcón, bocón.*

El Movimiento Estudiantil sacaba de quicio a muchos, a todos aquellos que en la Cámara de Diputados aplaudieron de pie las medidas tomadas por el presidente Díaz Ordaz y ejecutadas por su segundo, Luis Echeverría, el 2 de octubre. El Movimiento Estudiantil los desafiaba y ponía



en peligro la autoridad de empresarios y jefazos. Los embotellamientos, el súbito incendio de un autobús a la mitad de San Juan de Letrán, la tea encendida de los transportes públicos, las vitrinas hechas pedazos, las interrupciones de tránsito, las colectas en la calle, las porras y los estribillos estudiantiles: “Di por qué, dime Gustavo,/ di por qué, eres cobarde,/ di por qué no tienes madre, dime Gustavo por qué”, y “En la calle de Insurgentes/ que chinguen a su madre los agentes/”, los grafitis, los mítines relámpago, las arengas en el mercado, la brusca irrupción de una nueva realidad molesta para la rutina de los oficinistas y los hacía exclamar: “¿Por qué no están estudiando? Su lugar es frente a sus libros. La sociedad paga sus aulas y sus carreras, bola de irresponsables”. La de los estudiantes era una protesta muy localizada, los universitarios y los politécnicos eran los alborotadores, el descontento no se había generalizado, muchos estaban conformes; un refresco y una torta bastaba para que se adhirieran al PRI. El nuestro ¡qué país de acarreados! Además el 12 de octubre se inaugurarían los juegos olímpicos. México era la



sede internacional. ¡Qué gran honor! Y con sus desmanes los locos esos irreverentes y penden- ciosos ponían en peligro el prestigio del país, el de su dirigencia. Muchos aficionados y turistas habían cancelado su habitación en los hoteles. ¡México bárbaro estaba de nuevo en la pública palestra! Los estudiantes se habían empeñado en hundir al país. ¿No decían que unas bombas de manufactura universitaria haría volar el ta- blero del estadio precisamente en CU?

El 3 de octubre de 1968 los periódicos dieron una noticia escueta, lacónica, que minimizaba la masacre y para colmo acusaba a los estudiantes o a gobiernos extranjeros como Rusia al afirmar como *El Sol* de México que “Manos extrañas se empeñan en desprestigiar a México” y que el ob- jectivo era frustrar los Juegos Olímpicos.

De los estudiantes sólo se preocuparon *El Día* y *Excélsior*. Dos mil personas fueron arres- tadas. Los familiares quedaron sin noticias y anduvieron peregrinando de los hospitales a los anfiteatros buscando a sus hijos. Los padres de Raúl Álvarez Garín publicaron un desplegado en *El Día* preguntando semana tras semana dón-



de estaba su hijo. En el Campo Militar número 1 no cupo un alfiler después de tanto muchacho rapado y vilipendiado en espera de conocer su suerte. De 29, los muertos pasaron a 43. Los periódicos recibieron una orden tajante: “No más información”. En vista de la cercanía de los Juegos Olímpicos y los ojos del mundo estaban puestos en México, a los periódicos que contrariaran la orden perderían sus prebendas. En *Novedades*, uno tras otro fueron rechazados los artículos que escribí, inclusive una entrevista con Oriana Fallaci, herida en el mitin de Tlatelolco al que había sido invitada por dos líderes del Consejo Nacional de Huelga. La encontré indignada en su cama del Hospital Francés de Niños Héroeos. Hablaba por teléfono con algún jefe del Parlamento italiano para pedir a gritos que la delegación italiana a las Olimpiadas cancelara su viaje. Por fin accedió a decirme: “¡Qué salvajada! Yo he estado en Vietnam y puedo asegurar que en Vietnam durante los tiroteos y los bombardeos (también en Vietnam señala los sitios que se van a bombardear con luces de bengala) hay refugios, trincheras, agujeros,



qué se yo, a donde correr a guarecerse. Aquí no hubo la más remota posibilidad de escape. Al contrario. Tiraron sobre una multitud inerme en una plaza que es en sí una trampa. La multitud no tenía escapatoria.

Yo estaba tirada boca abajo en el suelo cuando quise cubrir mi cabeza con mi bolsa para protegerme de las esquirlas un policía apuntó el cañón de su pistola a unos centímetros de mi cabeza: 'No se mueva'. Yo veía las balas incrustarse en el piso de la terraza a mi alrededor. También vi cómo la policía arrastraba de los cabellos a estudiantes y a jóvenes y los arrestaban. Vi a muchos heridos, mucha sangre, hasta que me hirieron a mí y permanecí en un charco de mi propia sangre cuarenta y cinco minutos. Un estudiante junto a mí repetía: 'Valor, Oriana, valor'. La policía jamás atendió a mi petición reiterada: 'Avísenle a mi embajada'. Todos se negaron hasta que una mujer me dijo: 'Yo voy a hacerlo'".

A partir de esa fecha, muchos nos inclinamos sobre nosotros mismos y nos preguntamos quiénes éramos y qué queríamos. Nos dimos cuenta que habíamos vivido en una especie de



miedo latente y cotidiano que intentábamos suprimir pero que había reventado. Sabíamos de la miseria, de la corrupción, de la mentira, de que el honor se compra pero no sabíamos de las piedras manchadas de sangre de Tlatelolco, de los zapatos perdidos de la gente que escapa, de las puertas de hierro de los elevadores del conjunto habitacional de Santiago-Tlatelolco perforadas por ráfagas de ametralladora. Los edificios de la avenida Juárez volvieron a caer-senos encima, la gente caminó de nuevo a toda prisa mirándose los pies y algo muy cercano al pánico pudo leerse en su rostro. “¡Qué horrible normalidad!”, diría doña Margarita Nolasco.

A raíz del 2 de octubre consigné las voces de muchachos, muchachas, madres y padres de familia. “Sí, pero cámbiame de nombre”. “Yo le cuento pero no ponga quien soy”. Salvo los líderes presos en la cárcel preventiva de Lecumberri y algunas madres de familia, guardé los nombres en el fondo del corazón, bien guardados a riesgo de no saber hoy, a 30 años, quién es quién. Muchos se negaron a hablar. La familia de la edecán Regina Teuscher Kruger,



cuya imagen indeleble en la revista *Siempre!* impactó a miles de mexicanos (entre otros a Antonio Velasco Piña que la convirtió en sacerdotisa), se negó a hablar con periodista alguno. El padre de Regina, de origen alemán, recogió el cadáver de su hija con seis tiros de bala a lo largo de la espalda.

Casi todos los centenares de hospitalizados presentaban heridas en la espalda, en los glúteos, en los muslos, en las piernas. Mientras intentaban desesperadamente escapar, les tiraron por detrás. Muchos cayeron de frente, el rostro pegado al suelo, en su carrera de terror hacia la salida.

Esta tragedia escindió la vida de muchos mexicanos; antes y después del 2 de octubre. 1968 fue un año que nos marcó a sangre y fuego. 1968 es el año del descontento de los jóvenes en el mundo entero. Hubo otros movimientos estudiantiles en Francia, en Checoslovaquia, en Japón, ninguno tan violento como el nuestro, el fuego intenso duró 29 minutos, luego los disparos decrecieron pero no terminaron, dijo el diario *Excélsior*.



Hoy, en 2016, a 48 años del Movimiento Estudiantil, ¿han terminado los balazos? Desde luego no en Chiapas, tomado por el ejército. Ni en las calles de la ciudad de México donde campea la violencia. El Movimiento Estudiantil de 1968 fue la punta de flecha de otros “enloquecidos movimientos de pureza” en nuestro país. Otros José Revueltas, otros Heberto Castillo, otros Gilberto Guevara Niebla, otros Raúl Álvarez Garín, otras Roberta Avendaño “Tita”, otras Ana Ignacia Rodríguez “Nacha”, otros Marcelino Perelló, otros Joel Ortega, otros Salvador Martínez della Roca “El Pino”, han aparecido en nuestro país desde entonces. Allí está el Subcomandante Marcos “El Sub”, para comprobarlo. Quedan varias incógnitas, nunca se ha revelado el número exacto de muertos aunque *The Guardian* en Londres dijo que eran 250, cifra que retomó Octavio Paz en *Posdata*. Algunos líderes y muchos de quienes participaron critican al Movimiento, sus grandes diferencias políticas, fe, y han hecho público su desencanto. A río revuelto, ganancia de pescadores. Carlos Madrazo, jefe del PRI, Emilio



Martínez Manautou, candidato, la CIA, los políticos rencorosos, los ambiciosos, los tapados, todos fueron acusados por la opinión pública de participación interesada y muchos maestros universitarios e intelectuales conformaron sin razón alguna la lista negra de delación que proporcionó la novelista Elena Garro. Quizá nunca sepamos el número exacto de muertos en la Noche de Tlatelolco. Sin embargo, resonará en nuestros oídos durante muchos años la pequeña frase explicativa de un soldado al periodista de *El Día*, José Antonio del Campo: “Son cuerpos, señor...”

Finalmente quisiera hablarles de un líder del 68, Raúl Álvarez Garín quien nos dejó en la noche del 27 de septiembre de 2014. Raúl muere en los días del asesinato de 22 personas en Tlatlaya, estado de México y otros 22 muertos en 2 días en Chihuahua; muere en el momento en que aparecen 5 normalistas muertos en Ayotzinapa, muere en medio de una cacería de opositores en Morelos. ¿Qué diría Raúl del joven futbolista de 15 años, Josué Evangelista, cuyos tenis aparecen encima de su ataúd porque



vino a jugar fut como parte del equipo de “Los Avispones”, y encontró la muerte en su autobús volcado por obra de pistoleros y policías en la carretera Iguala-Chilpancingo? ¿Qué diría de la muerte de tres jóvenes el 21 en Maravatío, a mano de 5 policías michoacanos? Raúl Álvarez Garín muere en un país en manos de la guerra sucia contra el narcotráfico, en un país que nos hostiga, en un país en el que se encarcela a los adolescentes, se les acusa y se les considera violentos, alcohólicos, drogadictos, desertores de la escuela, ignorantes, inservibles. ¿Qué diría de un país en el que se mata a los chavos, en un país despiadado con su gente pobre, despiadado contra los migrantes, implacable con los niños, un país que daña a sus habitantes, un país en el que todos los mexicanos podrían preguntarse: “¿Quién nos protege? ¿En dónde hemos venido a asentarnos?”

De los jóvenes depende, claro, mientras el gobierno y las circunstancias lo propicien, el futuro de México. Ustedes son el futuro y ya dieron una muestra de lo que pueden hacer con su movimiento #Yosoy132 que los privi-



legio así como antes ustedes eran los del privilegio. Ojalá y sigan haciéndolo. Con sólo mostrar su rechazo a determinadas acciones políticas, cumplen con su responsabilidad ciudadana.

En el México de 1968 como en el actual el delito más grave es ser joven. Los 43 maestros de Ayotzinapa desaparecidos en Iguala la noche del 16 de septiembre de 2014 sólo querían enseñar a leer y a escribir, por lo tanto a exigir, a denunciar y a defenderse. Un país que sabe leer es un país que exige, que denuncia. Un país que sabe leer es un país que todo lo cuestiona. Un país que sabe leer reclama lo que es suyo porque conoce sus derechos. Muchos eran maestros bilingües que querían enseñarle el español a los hijos de campesinos tlapanecos sin que perdieran su idioma. Saber leer y escribir es ensanchar las fronteras, ir mucho más allá de nosotros mismos, y ese parece ser un delito en nuestro país.

La comunidad internacional se escandalizó con este delito y considera que México es el país sin guerra más peligroso del mundo



para los jóvenes. Pensar hoy en día en la juventud en nuestro país es pensar en jóvenes asesinados, sin oportunidades laborales ni de estudios. En el mundo entero resuena la indignación por lo ocurrido en Ayotzinapa pero nuestros gobernantes hacen oídos sordos. La madre del estudiante tapatío Ricardo Esparza que asistió al Cervantino de Guanajuato y fue asesinado por la policía de Guanajuato en 2014 dijo que agradecía recibir el cuerpo de su hijo para poder llevarle flores. Esta afirmación que en cualquier otro país causaría horror, en el nuestro parece moneda corriente, es el ejemplo más claro de cómo trata México a sus jóvenes.

Es imposible no pensar en Doña Rosario Ibarra de Piedra, quien durante más de cuarenta años ha buscado sin resultados a su hijo Jesús Piedra Ibarra, un joven estudiante de medicina que soñaba con un mejor país. Las evasivas de los diferentes secretarios de gobernación que durante ese lapso la enviaron de antesala en antesala son las mismas que evaden hoy a los padres de los 43 estudiantes de



la Normal de Ayotzinapa. Tal parece que en México, desde 1968 pasando por el Jueves de Corpus y Ayotzinapa, los jóvenes siguen siendo víctimas de un Estado intolerante que olvida su pasado, asesina su futuro y se consume en la corrupción de su presente.





*Los jóvenes mexicanos: de 1968 a Ayotzinapa* se imprimió en septiembre de 2016 en la Universidad Autónoma de Nuevo León. En su composición se usaron tipografías de las familias Cormorant y Playfair. El diseño estuvo a cargo de Verónica Rodríguez, bajo el cuidado editorial de Jessica Nieto.







La escritura de Elena Poniatowska deambula entre el periodismo y la literatura, siempre con la convicción de registrar, ya sea como crónica o como novela, la historia reciente de nuestro país. Su compromiso con la memoria resuena en los muros de los edificios y las plazas y queda impresa en los ánimos de sus protagonistas; desde el registro de la desolación genera conciencia y ha dado como resultado documentos como *La noche de Tlatelolco*, testimonio emblemático de una de las luchas sociales que más ha marcado a la sociedad mexicana. A la fecha, Elena Poniatowska es autora de más de 45 libros y ha recibido, entre otros, el máximo reconocimiento para las letras hispanas: el Premio Cervantes de Literatura 2013. Como un homenaje a su vida y obra, la Universidad ha instaurado, desde este 2016, la Cátedra de Periodismo Elena Poniatowska.

El presente volumen, *Los jóvenes mexicanos: de 1968 a Ayotzinapa*, es un título fundamental para ser leído en nuestras aulas, y fuera de ellas. Contiene el discurso pronunciado el domingo 26 de octubre de 2014 en el Zócalo de la Ciudad de México, cuando se cumplió un mes de la desaparición de los 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural “Isidro Burgos”; y además, el ensayo “Los jóvenes mexicanos: de 1968 a Ayotzinapa”, donde nuestra autora se dirige precisamente a este sector de la sociedad en el cual ciframos nuestras esperanzas, los jóvenes, pero que históricamente ha sido muy golpeado. Para la Universidad Autónoma de Nuevo León es un privilegio otorgar el grado de Doctor Honoris Causa a esta figura esencial de la cultura mexicana. Su obra es vital para transformar nuestra sociedad y con ello la vitaliza y le recuerda a los jóvenes que el presente y el futuro son suyos.

Mtro. Rogelio Garza Rivera